

**Obreros al servicio de la revolución:
la representación de los intelectuales
ecuatorianos en los años 30***

*Workers at service of revolution: the representation
of Ecuadorian intellectuals in the 1930s*

YANNA HADATTY MORA

Universidad Nacional Autónoma de México

DOI: <https://doi.org/10.32719/13900102.2016.39.1>

Fecha de recepción: 5 de octubre de 2015

Fecha de aceptación: 30 de noviembre de 2015

Licencia Creative Commons



* Este artículo se escribió como producto de una estancia sabática de investigación en Quito (2013-2014), gracias al generoso apoyo de la Dirección General de Apoyo al Personal Académico de la Universidad Nacional Autónoma de México.

RESUMEN

La representación del artista u hombre de letras “como un obrero intelectual”, heredera de la prensa socialista de fines del XIX, resulta un tópico en las publicaciones culturales de izquierda latinoamericanas y europeas del primer tercio del siglo XX, si bien nunca funciona de manera idéntica. Este ensayo atiende a su articulación particular en el caso ecuatoriano durante la década del 30. Para ello parte inicialmente en su búsqueda por textos no literarios, la prensa de izquierda, alguna correspondencia privada, y pasa a revisar más adelante las páginas de poesía y narrativa que incluyen de igual manera esta mediación del intelectual.

PALABRAS CLAVE: Ecuador, intelectuales, prensa, obreros, izquierda, Generación del 30, literatura, siglo XX.

ABSTRACT

The representation of the artist or man of letters “as an intellectual worker”, heir to the socialist press of the late nineteenth century, is a topic in the Latin American and European leftist cultural publications of the first third of the twentieth century, although it never works in an identical manner. This essay attends to its particular articulation in the Ecuadorian case during the decade of the 30. To do so, it initially starts in the search for non-literary texts, the leftist press, some private correspondence; and then goes on to revise later the pages of poetry and narrative that include in the same way this mediation of the intellectual.

KEYWORDS: Ecuador, intellectuals, press, workers, left, Generation of 30, literature, 20th century.

BRIGADIERES, BARRICADAS, BLOQUES

LA DÉCADA QUE NOS OCUPA se caracteriza en cuanto a la historia cultural porque “el intelectual ha [...] obtenido en los años treinta un protagonismo social inédito, un papel público que lo lleva [...] cada vez más a formular discursos más atentos a las necesidades políticas”.¹ La consulta de las publicaciones periódicas ecuatorianas que se consagran a la discusión del papel del intelectual frente a la problemática de lo que hoy llamaríamos *subalternidades*—campesinado, población indígena, proletariado—, o a cuestionar su propia función en un presente que se concibe como preparatorio para una revolución hacia el socialismo, constituye en gran medida la fuente primaria para rastrear el tópico durante esa década.²

1. Niall Binns, “Visiones apocalípticas, sueños de resurrección. Literatura hispanoamericana de la Guerra Civil española”, *Amnis. Revue d'études des sociétés et cultures contemporaines. Europe / Amérique* 2 (2011), consulta: 17 de julio de 2014, <<http://amnis.revues.org/1516>>.
2. La elaboración de este texto debe mucho a las aportaciones bibliográficas de los colegas y amigos ecuatorianos Álvaro Alemán, Cristina Burneo, Álvaro Campuzano y Raúl

En el rastreo del t3pico, podemos iniciar con la publicaci3n quiteña *Cartel-peri3dico de difusi3n socialista* (1932). Un art3culo de su primer n3mero, titulado “Posici3n del intelectual”, plantea la existencia de dos tipos de actores del pensamiento en el Ecuador: el “poseedor de un t3tulo acad3mico” y el “traductor de idealismos”. Ambos tipos resultan censurables, el primero porque busca 3nicamente el acomodo social y econ3mico a trav3s del estatus de intelectual, provenga “de familias acomodadas como de los m3s bajos fondos del proletariado, con igual aspiraci3n, demostrando as3 la no existencia entre nosotros de una conciencia de clases”; y el segundo,

que se mantiene en su actitud de Robins3n, constituyendo el m3s alto de ego3smo burgu3s y manteniendo la superstici3n de su ascendencia divina y del fuego sagrado de su inspiraci3n [...] cuando puede conseguir una plaza segura en las instituciones burguesas, ha cumplido generalmente el m3s sagrado de sus deseos.

Finalmente, se menciona la existencia de otro tipo de intelectual, m3s bien de manera ut3pica pues este pertenecer3a a otro tipo de sociedad:

Para terminar, diremos que la posici3n del intelectual en el Estado socialista tiene que ser conseguida por el esfuerzo com3n. Debe de ser el verdadero *brigadier de choque* del Estado Socialista. Es menester pensar que el intelectivamente mejor condicionado debe poner, sin suponer que condesciende, sino con quien cumple un imperativo de la 3poca y est3 seguro de la finalidad de su trabajo, esta capacidad al servicio de todos, y trabajar a la par de todos, como un obrero, como un obrero intelectual.³

Fiel a su esencia colectivista, este, como todos los textos del peri3dico, aparece sin firma, pues el conjunto editor socialista que lo edita no marca distinciones ni jerarqu3as, aunque s3 reconoce en la primera p3gina de cada n3mero el cr3dito a un cuerpo de redactores (conformado por Agust3n Vera Loor, Antonio Jos3 Borja, A. Moscoso C3rdenas, Jaime S. Ch3vez, Jorge Andrade Mar3n, Jorge Reyes y Pablo Palacio).

Serrano S3nchez, y las bibliotecas del Centro Cultural Benjam3n Carri3n y Aurelio Espinosa P3lit.

3. “Posici3n del intelectual”, *Cartel*, n.º 1 (febrero 1932): 2. Las cursivas son del original.

Esta concepción del intelectual como un obrero más, coincide con la que de manera pública y privada revela una y otra vez (si bien no exenta de contradicciones) quien ha sido considerado el ideólogo no solo del Grupo de Guayaquil, sino de la llamada *generación del 30*, Joaquín Gallegos Lara:

Ante todo cultura revolucionaria. Olvidar la decadencia: escribir claro, sin futurismos pasados de moda, haciendo resaltar el valor cósmico de la imagen pero haciéndose entender. Olvidar la decadencia: ser puros, nada de licencia en las costumbres, ni borrachos, ni morfínomanos, ni frecuentadores de prostitutas. Luego no creer que por el hecho de ser intelectuales son superiores a los proletarios y sus guías. Nosotros somos obreros tal como los demás al servicio de la revolución; querer otra cosa es abusar.⁴

Se trata de una de las cartas de Joaquín Gallegos Lara a Nela Martínez, difundidas recientemente en el epistolario *Vienen ganas de cambiar el tiempo*; y corresponde al 30 de diciembre de 1930.⁵

-
4. (65-6). Aunque suene cándida o anticuada la idea de ejemplaridad exigida a los pensadores y escritores, el texto comparte la voluntad de *limpiar* al intelectual y al artista del aura bohemia que solía acompañarlo en los siglos XVIII y el XIX, promovida por parte de un amplio sector de ideología no siempre de izquierda sino más bien correspondiente a la moral burguesa. Igual distinción es exaltada, por ejemplo, por el revolucionario mexicano constitucionalista Félix F. Palavicini, fundador del diario *El Universal* en México: "En España ha desaparecido el bohemio de la literatura; ya los hombres andrajosos y melencólicos que hacen perpetuamente la vida de café, no tienen ni peso ni significación allá. El literato español y el periodista español son hombres modernos, gente de bien, probos, laboriosos y equilibrados; hombres que no gastan sus energías en vicios disfrazados de bohemia literaria". Palavicini, "El inmenso imperio de la lengua española", en "El periodismo español", *Lo que yo vi* (México: Talleres Gráficos de El Universal, 1921), 134.

5. *Vienen ganas de cambiar el tiempo. Epistolario entre Nela Martínez Espinosa y Joaquín Gallegos Lara, 1930 a 1939* (Quito: Instituto Metropolitano de Patrimonio / Archivo Martínez-Meriguet, 2012), 65-6.

Es importante insistir en que esta preocupación generacional que involucra al mismo tiempo la claridad en la escritura que las buenas costumbres del intelectual, a más de su rol social, puede sonar desmesurada y extrema en nuestros días. Y sobre todo marcar que no resulta propia de una sola voz: las denuncias públicas por parte de los mismos sectores de izquierda van unas en función del mal comportamiento de los izquierdistas que han convertido la Casa del Obrero en un antro, y otras en la imposibilidad de acceder con textos herméticos a las masas. El jurista socialista lojano Jorge Hugo Rengel habla de la necesidad de "perseguir a estos famosos revolucionarios que medran en el oficialismo; que forman los cenáculos intelectuales de naufragos y bohemios que transforman la Casa del Obrero donde predicaban "marxismo" en burdel, taberna o garito; donde llevan las prostitutas, beben alcohol y juegan el prestigio de la Revolución". Jorge

Siguiendo con la revisión de las publicaciones periódicas, otro número de *Cartel* se plantea la existencia de dos tipos de proletariado, el que se ocupa de la producción material y el que desarrolla la producción intelectual:

La clase esencialmente productora desprovista de capital [...] [p]uede dividirse [...] en dos grandes sectores: [...] de la producción material, que engloba a todos los obreros manuales; y [...] de la producción intelectual, que comprende la actividad directiva, estética, gubernamental, religiosa, etc.⁶

La idea de trabajar por la cultura “como un obrero intelectual”, heredera de la prensa socialista de fines del XIX, resulta un tópico en las publicaciones culturales de izquierda latinoamericanas o europeas en esa década, aunque no opere de manera homogénea. Tres años más tarde aparece la revista trimestral lojana *Bloque* (subtitulada *crítica-polémica-literatura*), en enero de 1935, en cuyas páginas se discute el rol de los intelectuales frente a la lucha y a la causa del proletariado: “Nosotros, hombres de la izquierda política y literaria, hemos abandonado la cómoda situación de espectadores, y asumimos desde hoy nuestro puesto en el frente. *Bloque* es nuestra barricada”. La metáfora bélica aparece nuevamente –así como en *Cartel* el intelectual era “el brigadier de choque del socialismo”– en este primer manifiesto editorial con la idea de la barricada y el frente de batalla, así como en la imagen de su portada, firmada por J. M. Castro V. En ella ocupan el lugar central una figura única conformada de la sumatoria de una veintena de cuerpos masculinos indiferenciables observados en perspectiva, trazados con una línea roja; los hombres caminan desnudos con un avance uniforme de un paso que se da al doblar la pierna izquierda y un pico sobre el hombro derecho hacia un paisaje de montañas bajas apenas sugerido, como la avanzada militar de un regimiento. El pico al hombro como un arma sugiere la labor de los mineros de sacar algo nuevo de la naturaleza, pero sobre todo

Hugo Rengel, “Realidad y fantasía revolucionarias”, en *Bloque* 6 (199-200) (189-202). Y en la misma publicación, el escritor Ángel F. Rojas dice: “es legítima la propaganda revolucionaria en el seno de la literatura. Pero si vamos a hacer propaganda debemos adecuar nuestro lenguaje, [...] bajo pena de no ser entendidos. [...] Los versos revolucionarios se me pone que deben ser versos que puedan llegar a todos los espíritus”. El comentario es parte de una reseña de la obra de G. H. Mata, *2 corazones atravesados de distancia* [sic], “Libros-autores-revistas”, en *Bloque* 1 (79): 77-9.

6. “Socialismo ecuatoriano y lucha de clases”, *Cartel*, n.º 6 (marzo de 1932): 1.

la metáfora del intelectual obrero: “Trabajadores intelectuales de variados matices han puesto sus manos en la tarea de cincelar *Bloque*”, dice la presentación el primer número. Se podría decir que los personajes distan de presentar matices, y más bien componen un verdadero bloque humano. No parecen corresponder demasiado al espíritu verdaderamente heterogéneo de la revista, que más bien se autodefine desde la variedad y la apertura a todos aquellos quienes “se preocupen por el análisis de nuestras realidades, y quieran aportar su esfuerzo a la tarea común de buscar soluciones posibles”.

Poniendo el acento en los matices, Jorge Hugo Rengel, secretario de redacción de la revista, se pronuncia en un artículo del primer número luego de detenerse en revisar la obra de Pablo Palacio y Joaquín Gallegos Lara, por la construcción por parte de los intelectuales del nuevo Ecuador, o más bien de la nueva ecuatorianidad, cuyas directrices serán:

- 1.º unificación y orientación de la inteligencia hacia una disciplina revolucionaria;
- 2.º interpretación de nuestra realidad y planteamiento de sus problemas a través y sobre la base del materialismo histórico;
- 3.º abordamiento de la masa por parte de la inteligencia y organización sistemática de un partido político: socialismo, comunismo o un nuevo partido marxista que surja y se cree de acuerdo con las características del Ecuador y América; y
- 4.º Realización.⁷

Es decir que esta *nueva ecuatorianidad* será producto del desarrollo estratégico de un arte y una cultura revolucionarios. Aquí se ve claramente expresada la idea de que el intelectual es un adelantado en la batalla, e incluso cómo se confunde la estrategia o plan de acción (abordar a la masa, construir un nuevo partido político revolucionario) pues ‘el Ecuador’ nuevo, o su representación o anhelo (‘la ecuatorianidad’ renovada) se halla por completo en las manos de estos obreros intelectuales agrupados, trabajando en conjunto.⁸

7. Jorge Hugo Rengel, “La nueva ecuatorianidad. Mirada de conjunto”, *Bloque* I, 1 (enero de 1935): 28.

8. Entre los colaboradores de *Bloque* se encuentran también quienes conciben la tarea de los intelectuales socialistas en guiar al pueblo en la lucha revolucionaria, vista como “revolución democrática”, es decir, a conseguir a través de las urnas. Esto generalmente marca la distancia entre el proyecto de comunistas y socialistas. En el texto “Disciplina y táctica de un partido”, Alfredo Mora Reyes plantea como primer objetivo para el socia-

Al mismo tiempo, el fraccionamiento y la desconfianza al interior de la izquierda que se percibe desde entonces están marcados por la falta de transparencia y coherencia con el ideario de gran parte de los militantes de ambas facciones. Se acusa a los comunistas de provocar levantamientos indígenas para dejar luego al campesinado a su suerte en el contraataque, y a los socialistas de colocarse en puestos gubernamentales sin recordar su ideario. Frente a estos dos grupos viciados, “Un partido formalmente revolucionario es necesario en el Ecuador”, se afirma en varios textos.

De esta manera, las publicaciones periódicas de los intelectuales de izquierda exhiben con diferentes matices al interior del campo cultural ecuatoriano lo que ocurre en todos los órdenes sociales: el “surgimiento y posterior evolución de las organizaciones laborales en los años treinta”.⁹ En sus páginas, como en las de la numerosa prensa obrera de la época –sin pasar por alto que todas ellas son de circulación limitada– se visibiliza, por ejemplo, la creciente organización en núcleos sindicales de los distintos bloques de trabajadores, que con ellos reemplaza o desarrolla a las organizaciones mutuales preexistentes.

El hito decisivo dentro de esta relación de intercambio recíproco entre historia obrera e historia intelectual lo constituye sin duda la fundación del Sindicato de Escritores y Artistas en 1936. Por lo que se conoce, en casa del escritor y periodista Jorge Fernández se establece el núcleo quiteño conformado por una serie de secretarías: la general a cargo de Jorge Icaza y la de actas de Pablo Palacio; la del interior a cargo del dueño de casa, la del exterior de Francisco Ferrándiz Alborz (Feafa), la del tesoro, de Eduardo Kingman; a más de cinco vicesecretarías a manos de: Augusto Saccotto Arias, Humberto Mata Martínez, Atanasio Viteri, Alejandro Carrión

lismo conseguir el poder, para lo cual cita a Lenin: “Conquistemos el Poder y dueños de éste como instrumento, demos a las masas la educación que las eleve a la categoría de conciencia adaptable a la disciplina social del ideario socialista”. *Ibíd.*, 46. En esta personal lectura leninista, considera el autor que la intelectualidad debe ser entonces, en sus propias palabras, “una vanguardia de choque” del socialismo, una minoría que llegue al poder después de conseguir la adhesión de las masas, las eduque estando ya en el poder, lo cual puede darse estando por ejemplo a cargo de “municipios y más órganos de gestión política”. *Ibíd.*, 47.

9. Guillermo Bustos, “La politización del ‘problema obrero’. Los trabajadores quiteños entre la identidad ‘pueblo’ y la identidad ‘clase’ (1931-1934)”, en *Las crisis en el Ecuador. Los treinta y ochenta* (Quito: Corporación Editora Nacional, 1991), 191. Versión modificada en *Ciudadanía e identidad*, comp. Simón Pachano (Quito: FLACSO, 2003).

e Ignacio Lasso. Al mismo tiempo, los primeros comisionados en Guayaquil resultan Alfredo Pareja Diezcanseco y José de la Cuadra; en Loja, Carlos Manuel Espinosa y Jorge Hugo Rengel (justamente el director y el jefe de redacción de *Bloque*, respectivamente); en Esmeraldas, Nelson Estupiñán Bass; en Ambato, Ernesto Miño; en Tulcán, Diógenes Paredes.¹⁰

El crecimiento de la organización se consolida con la edición de la revista del Sindicato a partir de 1938, conocida como *SEA*, que comparte la misma sigla de sus iniciales; y con la editorial quiteña Atahualpa, que publica en 1938, entre otros libros, la primera edición de *Cholos* de Jorge Icaza y el libro colectivo de apoyo a los republicanos españoles *Nuestra España*. La historia de las artes plásticas en Ecuador queda marcada al organizar el Sindicato en el sonado Salón de Mayo desde fines de los años 30 y durante los 40, donde artistas afines a la estética de protesta encuentran su espacio natural. El logotipo de la agrupación está conformado por el dibujo de dos puños en alto superpuestos, uno blande un pincel y el otro una pluma fuente, identificados así con el conocido gesto del reclamo obrero de empuñar siempre alguno de los utensilios laborales como armas de combate.

LA SOLA CANCIÓN DE LOS POETAS PROLETARIOS:

No es privativa la adhesión a la vanguardia política del periodismo, de la correspondencia privada y del ensayo. La antología *Índice de la poesía ecuatoriana* de Benjamín Carrión (Chile, Ercilla, 1937) brinda una panorámica acerca de la hegemonía que para entonces evidencia también en la lírica la estética del realismo social. Los poetas seleccionados más contemporáneos presentan de manera preponderante poemas militantes, donde si bien no prescinden del tema amoroso o de la descripción natural, ambos se asimilan metafórica o anecdóticamente con la causa revolucionaria. Aparecen así en versos de Ignacio Lasso “Muchas horas trabaja/ trabaja en exceso el río.// Río proletario,/ río moreno/ bajo la dura/ tiranía del puente” (“Junto al río”, 109-110); o en voz de Joaquín Ga-

10. Alejandro Carrión, “Panorama. Constitución del Sindicato de Escritores y Artistas”, *Bloque* II, 4 (marzo de 1936), 307-8.

llegos Lara “Cada beso nuestro/sabe del amargo más allá./ Cada beso nuestro/ sabe que hay el amor sin besos de los indios,/ sabe que hay el amor obrero, tiznado, envenenado de aguardiente” (“Audición proletaria sobre el amor”, 120).

Sin embargo, el compilador dista de considerar como ideales los alcances estéticos de esta poética en el Ecuador de su tiempo. El prólogo enfatiza que no es el gusto por estos poemas lo determinante, sino su representatividad dentro de la producción lírica ecuatoriana. Carrión cree ciertamente en una poesía militante, de izquierda, antifascista, pero en ningún momento esto lo lleva a desconocer la importancia de la calidad poética desde la que la misma se expresa: “Es una lírica de contenido veraz. Casi siempre exagerado por el propagandismo tendencioso. Y al mismo tiempo una lírica muy poco ‘poética’. Que en muchos casos quizá no llega a entrar en el plano literario” (xxi). Y traza la historia de estos poetas: la generación de 1920 en Ecuador, según el mismo crítico, “sin renunciar a su poética, ha incursionado valientemente en lo social, ha probado sentir la emoción de lo colectivo”; a este grupo corresponden Jorge Carrera Andrade, Gonzalo Escudero, Arias, Miguel Ángel León, Hugo Alemán (xxv). El segundo grupo surge socialrealista, se trata de los poetas de los 30 –y en este grupo ubica a G.H. Mata, Joaquín Gallegos Lara, Pedro Jorge Vera– pero aún estos autores no alcanzan una auténtica poética proletaria según Benjamín, pues su obra parece destinada para élites intelectuales afines, “con un valor, en ciertos casos, de manifiesto para mitin político”. La carencia va por el lado del “vehículo expresivo acercador”, que para Carrión serían por ejemplo en otros autores de la época los “modos populares del canto” de Federico García Lorca o Nicolás Guillén. Al parecer esta preocupación de hacer no únicamente una poesía de tema obrero, sino destinada a los obreros, recorre el mundo: es la misma discusión la que marca al arte tras la Revolución rusa o la Revolución mexicana.

Consideramos de todos modos que de la revisión de los textos de la antología de Carrión y de los poemas que aparecen en las revistas mencionadas, se encuentran, con mayor facilidad que la que esta advertencia introductoria promete, altos momentos poéticos dentro del compromiso político, si bien es cierto que difícilmente de alcance masivo. Entre ellos destaca, por ejemplo, “Mensaje telefónico” de Manuel Agustín Aguirre (92, poema que proviene del libro *Llamada de los proletarios*, 1935), poema de vanguardia en sus vertientes estética y social, con una rica construc-

ción de imágenes violentas, innovadoras, y políticamente comprometidas, por ello más cercanas al futurismo ruso que al italiano:

— ❧ —

Estoy telefoneando a todos los proletarios del mundo:
a los mineros acerados que escarban la vagina de la tierra,
a los que golpean con sus puños las ubres doradas del océano,
a los que habitan como piojos entre la cabellera inflamada de las ciudades

A los proletarios del N.

A los proletarios del S.

A los proletarios del E.

A los proletarios del O.

— ❧ —

¡Qué bella es la cantera de vuestros músculos amargos
y las miradas retorcidas como troncos ardiendo!
¡Vuestras manos hechas para romper las quijadas de los continentes
y las locomotoras de vuestros pechos jadeantes!

Entre los labios de cuarzo impenetrable
se asoman las canciones como los dientes nuevos en la boca de un niño.

— ❧ —

Hombres con cabelleras de llamas:
Arrojad los obuses de vuestros ojos hirvientes,
Cortad de un tajo las cabezas burguesas,
Y que los cuerpos volcados se derramen
Como botellas recién descorchadas.

— ❧ —

Otro poema interesante y valioso en esta revisión resulta “Manifiesto” de José Alfredo Llerena,¹¹ pues en él la voz del poeta tiene una representación en primera persona, que marca la distancia con el pueblo, al tiempo que confiesa una desesperada voluntad de pertenencia al mismo:

11. Benjamín Carrión, *Índice de la poesía ecuatoriana* (Santiago de Chile: Ercilla, 1937), 104.



Un hombre solo no puede penetrar en el pueblo,
 ni atinar la ciencia que los hombres sacan de la alcantarilla,
 ni quemar los retratos de Henry Ford con que se pavonea una vitrina
 mas, nadie ha de negarme la posibilidad de que siquiera por una hora
 yo alcance a asomarme al universal regocijo de la gente perdida.
 Yo también quiero ocupar un puesto al lado de la gente perdida.
 Yo también quiero una bandera y una canción.
 Yo quiero ser soldado a pesar de la idea de Dios,
 a pesar del gobierno, a pesar de la caballería.
 Quiero gritar en la plaza por la rebaja del trigo y del maíz.
 Ya he dejado de ser ciudadano y he dejado de tener vergüenza
 de andar por las calles como un carbonero.



Se trata de otro tópico: el doloroso drama del intelectual que rehúsa programáticamente ubicarse del lado de la pequeña burguesía a la que en su mayoría pertenece por nacimiento, sin lograr ser aceptado la más de las veces por el proletariado con el que se sitúa de manera militante. La enunciación lírica sirve entonces como carta de identidad, en ocasiones no exenta de ecos románticos, si bien generalmente más cercana a la proclama política que a una confesión privada: “Siento el dolor de todos los hombres / porque todos los hombres / están en mí”, dice la última estrofa del poema “Manifiesto” de Manuel Agustín Aguirre en versos que bien funcionan como síntesis generacional.¹²

Un matiz diferente presenta el poema “Canción de nuestro hijo” de Enrique Gil Gilbert, que apareciera años antes en *Bloque* y se incluye igualmente en el Índice:



Esta es la canción única
 que ha sido dicha por todos los de mi clase.

No son de mi clase los de mi sangre.
 Las gentes de mi clase son aquellas
 que con las manos cerradas sobre la hoz, la pica o el martillo,

12. Manuel Agustín Aguirre, “Manifiesto”, en *Bloque* 1, 67.

hacen encima de la tierra lo que no hizo el Génesis.
Son gentes de mi clase los que llevan pecho adentro
la cicatriz madura del amor hambriento y dolorido,
los que no pudieron ensanchar su espíritu frente al firmamento
porque estaban llenos de llanto antes de nacer.

— ❧ —

El poema se plantea al cerrar la función de la poesía proletaria, o más bien quién debe reconocerse como su verdadero autor:

— ❧ —

Porque yo la escriba en un poema
No es nueva ni es mía esta canción.
Se ha cantado en las bocas cansadas
De todos los que trabajan en el mundo;¹³

— ❧ —

Mencionamos finalmente en esta revisión el poema “Nuestra canción” de Aurora Estrada y Ayala, aparecido en *Bloque*, en que la voz lírica se dirige al colectivo de poetas recordándoles con imágenes luminosas o desalentadoras su obligación estética en tiempos de miseria y dolor generales:

— ❧ —

Compañeros:
ahora no la belleza de los cielos del trópico,
ni la embriaguez inmensa de las noches costeñas
ni el olor de las selvas
ni el viento ni la voz de las aguas
exprimidas sobre nuestras canciones...
Nada más que el dolor proletario,
nada más que el gotear lento de lágrimas y sangre
de las madres obreras!

13. Enrique Gil Gilbert, “Canción de nuestro hijo”, *Bloque*, 126-8.

Ahora:

solo el dolor de nuestros hombres que se embriagan para olvidar la miseria,
solo nuestra amargura tejido con las tinieblas que envuelven la tierra de
los pobres

volcándose en nuestro canto de hoy, leña para las hogueras de la Revolución.

Esa sola canción pueden decir los poetas proletarios!¹⁴

— ❧ —

**DE APÓSTOL DE LA REVOLUCIÓN
A PROLETARIO-PEQUEÑO BURGUEÉS:
EL INTELLECTUAL Y LA NOVELA OBRERA**

Sin lugar a dudas es el prolífico Humberto Salvador, con la publicación de tres novelas obreras durante la década del 30 –*Camarada* (1933), *Trabajadores* (1935), *Noviembre* (1939)– se convierte en el principal exponente del género.

Las novelas de Salvador distan de ser las usuales novelas proletarias, por la mezcla de estéticas y de intertextos que en ellas encontramos, así como por la falta de la constitución de un proletariado fuerte y real, a la manera en que se observa en esos años en otras latitudes. En esto resulta un retrato fiel de la época. Recientes estudios sobre la historia obrera del Ecuador ponen énfasis en la heterogénea constitución del proletariado ecuatoriano en los años 30. Un artículo sobre la conformación de los asistentes al congreso obrero de Ambato en 1938, por ejemplo, demuestra cómo para entonces la mayoría del sector era agremiado más que sindicalizado, artesano más que obrero, su agrupación más regional más que nacional, y el agremiado más bien serrano de ciudades chicas que de Guayaquil o Quito.¹⁵ Como dato ilustrativo acerca del predominio de los artesanos, señala el autor del artículo comentado que un peluquero quiteño presidía el Congreso. Así la galería de personajes de las mencionadas novelas está

14. Aurora Estrada y Ayala de Ramírez Pérez, “Nuestra canción”, *Bloque* 6, 209-10.

15. Respecto a este tema, se han seguido sobre todo los valiosos análisis de los historiadores Guillermo Bustos y Carlos de la Torre. A propósito de estas conclusiones es oportuno recordar que a fines de los años 30 apenas el 34% de la población ecuatoriana habitaba en asentamientos urbanos y cerca de un 60% se encontraba en la Sierra.

conformada por militares de bajo rango, lavanderas, policías, prostitutas, peluqueros, personal de servicio de fondas, vendedores de cigarrillos o periódicos, costureras y sastres, zapateros; mismos protagonistas de los poemas comentados. Por excepción tropezamos con una única obrera: Julia, operaria de tiempo completo de una fábrica de medias, personaje de *Camarada* de Salvador.¹⁶

En cuanto a la figura del intelectual, al parecer asoma de manera menos frecuente en la narrativa. El padre del protagonista de *Trabajadores. Recuerdos de un muchacho desvalido* (1935), se lamenta no haber proporcionado mejor formación a su hijo. Y le hace prometer en su lecho de muerte continuar con la tarea revolucionaria que él –como teniente insubordinado a un gobierno despótico– iniciara: “Hubiera querido educarte con todo esmero. Hacer de ti un verdadero soldado de la humanidad. La mejor ilusión de mi vida ha sido la de que tú llegues a ser un apóstol de la revolución social. Un pensador, un agitador, un orador”.¹⁷ Se trataba de un teniente insurrecto, que paga con su salud y finalmente con su vida ser el primer revolucionario del Ecuador. *Soldado de la humanidad, apóstol de la revolución*, son nuevos epítetos de caracterización idealizada del obrero intelectual, pensador o artista revolucionario, como guía del pueblo hacia la anhelada revolución.

Sin embargo, donde se pinta el modelo con mayor apego a la realidad es en la novela *Camarada. Apuntes de un hombre sin trabajo* (1933). Alberto, el narrador protagonista desempleado a partir de que pierde el trabajo como amanuense de un Ministerio, se encuentra de vecino de puerta en su cuartucho en un conventillo del barrio quiteño de San Blas con quien representa al intelectual proletario por excelencia. Y describe el encuentro: “tiene deshechas las piernas. El tórax extraordinariamente desarrollado, gruesas las facciones. Desordenado el cabello. Viste traje obrero. [...] Nota que le observo. Me arroja una mirada ardiente, síntesis

16. En este mismo sentido, dentro de los preparativos para el mencionado congreso se abrió un debate sobre quiénes debían asistir, al considerarse, por ejemplo, que el obrero profesional percibía un salario mientras que el artesano en opinión de algunos, era “un pequeño capitalista” (“Acta de la Comisión”, sesión del 3 de junio de 1938, 3, ASAll, citada por Bustos, 84). Se tuvo que reconocer finalmente, ante muchos testimonios de artesanos de pequeños talleres que “un cierto sector del artesanado pertenecía a la clase obrera y que otro por oposición carecía de dicha condición obrera” (G. Bustos, 86).

17. Humberto Salvador, *Trabajadores. Recuerdos de un muchacho desvalido* (Quito: El Conejo, 1985): 179.

de orgullo y desdén. [...] Tiene mucho talento. Lee y escribe todo el día. Cada semana publica un periódico llamado *LA HOZ*.¹⁸ En la descripción del militante intelectual Gonzalo se adivina fácilmente la voluntad de retratar a Joaquín Gallegos Lara: “viste Gonzalo como un obrero. Lleva pantalón azul, hecho con tela del país. Zapatos viejos. Camisa de trabajo. Me enseña un montón de libros”.¹⁹ Gonzalo intenta reclutar para el Partido a su vecino, pues una célula del mismo opera en su habitación. Al verlo, Alberto piensa en Mariátegui. El vecino viste como obrero, trabaja como obrero, publica un periódico obrero y dirige una célula revolucionaria. Es el obrero intelectual. Pero es discapacitado, carece de empleo, no puede mantener a su madre y sus hermanos. El personaje de Gonzalo lamentablemente –como otras construcciones fallidas– no se retoma en el libro.²⁰

Quizá este abandono del intelectual representado se deba a que la realidad de miserias continuas que se nos narra, no tiene espacio redentor para ningún personaje. Más adelante en la misma novela, la posible actividad intelectual es vista con desdén, y el rol intelectual se mira con sarcasmo: “¡Juventud, juventud! Ya se prendió una hoguera. Arrojuremos ahí todos los libros. ¿Para qué sirve la cultura? Nosotros no debemos sino saber redactar las notas oficiales”.²¹

18. Humberto Salvador, *Camarada. Apuntes de un hombre sin trabajo* (Quito: Talleres Tipográficos Nacionales, 1933), 10-1.

19. *Ibíd.*, 66.

20. En cuanto al modelo del personaje, es bien sabido que Joaquín Gallegos Lara trabaja realmente con los sindicatos –redactando todo tipo de documentos para apoyo y organización política de los obreros, e instrucción de los mismos– y es un obrero más por la vestimenta, por sus penurias, por la militancia, es portado por un obrero. Tiene libros que no son suyos pues no los puede pagar pero no para de leerlos.

21. H. Salvador, *Camarada*, 194.

Por otra parte, la imagen del “obrero intelectual” fue muy criticada por diversos sectores. El autor de la española generación del 98, Ramón del Valle-Inclán, decía al respecto en son de chanza a principios de la década: “Lo que más me indigna es esa pobre gente que se vanagloria del título obrero intelectual. No comprendo... ¿Qué es eso? Ahora ruedan por ahí tres tópicos horribles: el feminismo, el obrerismo y el americanismo. A mí me subleva la sangre cuando oigo lo de obrero intelectual. ¡Qué cosas! El intelectual no puede ser obrero. A menos que sea un faquín a sueldo de un periódico o de una editora. El intelectual crea. El obrero sirve para la creación del otro” (Francisco Lucientes, “¿Cómo será España bajo la futura Constitución?”, entrevista a Don Ramón del Valle-Inclán”, *El Sol*, Madrid (20 de noviembre de 1931); reproducido en *El Viejo Topo*, 71).

En este mismo sentido se pronuncia en una crónica desde París César Vallejo (*Variedades*, n.º 1057, 2 de junio de 1928), “Obreros manuales y obreros intelectuales”, al objetar que no son comparables ambos roles. En una lectura rousseauiana, la candidez y la

Dentro de esta misma mirada crítica al interior de la izquierda militante, vale la pena recordar un fragmento narrativo de Pablo Palacio, en *Vida del ahorcado* (1934), en que la definición social del intelectual y la crisis de su rol es descrita con el mismo tono descreído, parodiando incluso la jerga de época:

Quería explicaros que soy *un proletario pequeño-burgués* que ha encontrado manera de vivir con los burgueses, con los buenos y estimables burgueses.

He aquí un producto de las oscuras contradicciones capitalistas que está en la mitad de los mundos antiguo y nuevo, en esa suspensión del aliento, en ese vacío que hay entre lo estable y el desbarajuste de lo mismo: Tú también estás ahí, pero tienes un gran miedo de confesarlo porque uno de estos días deberás dar el salto y no sabes si vas a caer de este o del otro lado del remolino. Mas aquí mismo estás enseñando las orejas, amigo mío, tú, enemigo del burgués, que ignoras el lado donde caerás después del salto. Pero ya me lo aclaras todo: Estoy viviendo la transición del mundo. Aquí, delante de mí, está la volcadura de campana, del otro lado de la justicia, y aquí mismo, dentro de mí, están todos los siglos congelados, envejecidos y grávidos.²²

El obrero intelectual, apóstol de la revolución, se desintegra de manera indetenible en estas últimas visiones hasta quedar en un “proletario pequeño-burgués” que encuentra acomodo para habitar entre burgueses, redactar para el gobierno, ya sin fe revolucionara. Sin adscripción política clara, el suyo es un trabajo asalariado más.

bondad del obrero manual se opone a la deshonestidad propia del escritor: “Muy interesante sería el libro de un obrero manual en que éste nos dijera por qué no es obrero intelectual. Sin duda, todas las razones que él diera podrían resumirse en una sola: el pecado original de la deshonestidad que es innato a la labor del escritor” (Vallejo 1985, 262). Además, sus trabajos no pueden tabularse del mismo modo, pues en el obrero manual todo trabajo es contable y mensurable, no así en el que aquí nos ocupa: “La función social de cooperación humana –de producción, en lengua marxista o de rendimiento, en términos patronales– difiere, asimismo, del obrero manual al intelectual. En el primero, el trabajo es, por naturaleza, leal y de un valor claro y apreciable en cifras concretas. El esfuerzo es susceptible de ser medido y controlado con rigurosa exactitud. Si su tarea en un día es de perforar tres metros de terreno, el obrero no puede pretender que ha cumplido su obligación si solo ha perforado dos metros ochenta centímetros. La forma material de su trabajo repugna mistificaciones y estafas. No sucede lo propio con el obrero intelectual” (Vallejo, 263).

22. Pablo Palacio, *Vida del ahorcado* (Buenos Aires: Final Abierto, [1934] 2013), 56. Énfasis añadido.

A manera de conclusión provisional, pues un más largo y sostenido rastreo sería necesario para hablar de verdaderas conclusiones, podríamos pensar que la multiplicidad de las imágenes que se gestan en torno al intelectual en la década del 30 parece obedecer a que al momento mismo en que se gesta la quimera de la transformación social con la figura del intelectual obrero comprometido con el pueblo –en la modalidad de seguidor del verdadero proletariado o como guía del mismo– surge la desesperanza al contrastarla con la historia nacional, y su realidad crítica en especial para los sectores medios y bajos, que se ven depauperados y acorralados en un ingreso insuficiente frente a una inflación galopante en esa década. Como es conocido, las huelgas y manifestaciones de entonces hallan en el Ecuador desmoralizantes e inmediatas consecuencias represivas. Las lecturas modélicas, de los ejemplos español y mexicano, pero sobre todo soviético, hablan de realidades diferentes en que los revolucionarios tomaron el poder, mientras que en el Ecuador estas posibilidades se miran solamente como anhelos cada vez más lejanos. En la siguiente década aparecen novelas que se ocupan de narrar la tragedia o el desencanto de los 20 y los 30, como *Las cruces sobre el agua* o *Los animales puros* (1946), pero resultará cada vez más difícil sostener la utopía de una revolución que en lugar de acercarse, se aleja más y más. *

Bibliografía

- Binns, Niall. “Visiones apocalípticas, sueños de resurrección. Literatura hispanoamericana de la Guerra Civil española”. *Amnis. Revue d'études des sociétés et cultures contemporaines. Europe/Amérique 2* (2011). Consulta: 17 de julio de 2014. <<http://amnis.revues.org/1516>>.
- Bustos, Guillermo. “La identidad ‘clase obrera’ a revisión: una lectura sobre la representación del Congreso Obrero de Ambato de 1938”. *Procesos. Revista Ecuatoriana de Historia*, n.º 2 (1992): 73-104.
- . “La politización del ‘problema obrero’. Los trabajadores quiteños entre la identidad ‘pueblo’ y la identidad ‘clase’ (1931-1934)”. En *Las crisis en el Ecuador. Los treinta y ochenta*, 189-229. Quito: Corporación Editora Nacional, 1991. Versión modificada en *Ciudadanía e identidad*, compilado por Simón Pachano. Quito: FLACSO, 2003.
- Carrión, Benjamín. *Índice de la poesía ecuatoriana*. Santiago de Chile: Ercilla, 1937. *Cartel*. Quito (1932).

- Chávez, Fernando. “La familia entre los obreros urbanos del Ecuador”. *Élan. Revista de Arte y Literatura* II, 7 (enero de 1933): 42-9.
- Gallegos Lara, Joaquín. “La Asamblea constituyente y los trabajadores de la cultura”. *El Universo. Noticiero tropical*. 14 de julio de 1944, 6.
- Greet, Michele. “Pintar la nación indígena como una estrategia modernista en la obra de Eduardo Kingman”. *Procesos. Revista Ecuatoriana de Historia* 25 (I semestre de 2007): 93-119.
- Guerra Cáceres, Alejandro. “Entre la literatura y la protesta”. En *Biografía de Joaquín Gallegos Lara*. Quito: Ministerio de Cultura del Ecuador, 2009.
- Lampadario*. Quito (1931) / *Elan* (1932).
- Lucientes, Francisco. “¿Cómo será España bajo la futura Constitución? Entrevista a Don Manuel del Valle-Inclán”. *El Sol*, Madrid (20 de noviembre de 1931), *El Viejo Topo*, n.º 236 (2007): 71-5.
- Milk, Richard L. *Movimiento obrero ecuatoriano. El desafío de la integración*. Quito: Pontificia Universidad Católica del Ecuador / Facultad de Ciencias Económicas / Abya-Yala, 1997.
- Morón, Gabriel. *La ruta del socialismo en España*. Madrid: Editorial España, 1932.
- Palacio, Pablo. *Vida del aborcadado*. Buenos Aires: Final Abierto, [1934] 2013.
- Palavicini, Félix Fulgencio. *Lo que yo vi. Instantáneas del Viejo Mundo*. México: Talleres Gráficos de El Universal, 1921.
- Salvador, Humberto. *Camarada. Apuntes de un hombre sin trabajo*. Quito: Talleres Tipográficos Nacionales, 1933.
- . *Noviembre*. Quito: edición del autor, 1939.
- . *Trabajadores. Recuerdos de un muchacho desvalido*. Quito: El Conejo, 1985.
- Torre Espinosa, Carlos de la. “Región, clase y discurso: análisis crítico de varias obras recientes sobre el proceso social y político ecuatoriano entre 1930 y 1950”. *Procesos. Revista Ecuatoriana de Historia*, n.º 4 (1993).
- Vallejo, César. “Obreros manuales y obreros intelectuales”. *Variedades* (2 de junio de 1928), reproducido en *El arte y la revolución. Obras completas*. T. 2. Lima: Mosca Azul, 1973.
- Ycaza, Patricio. *Historia del movimiento obrero ecuatoriano*. T. 2. Quito: CEDI-ME, 1984 y 1991.